



CUADERNOS
DE HORIZONTE

LDH

Himnos al sol en la oscuridad

*Un viaje al Gales
de Dylan Thomas*

JUAN PABLO BERTAZZA

Juan Pablo Bertazza

BUENOS AIRES, 1983

*

Escritor, periodista y licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Colabora con reseñas y artículos para *La Nación* y *Página/12*. Actualmente reside en Praga, donde cursa un doctorado en Literatura, y trabaja para Radio Prague Internacional.

Ha publicado los libros de poesía *Los que no hablan* (2010), *En base doble* (2013), *Calle Lavalle* (2015), *La revolución tranquila* (2015) y *La revolución de terciopelo* (2017, traducido al checo como *Na prahu Prahy*); el libro de ensayos *La furtiva dinamita* (2014), que reúne historias y polémicas en torno al Premio Nobel de Literatura; y las novelas *Síndrome Praga* (2019) y *Alto en el cielo* (2021).

*Himnos al sol
en la oscuridad*

Un viaje al Gales de Dylan Thomas

JUAN PABLO BERTAZZA

Título de esta edición:
Himnos al sol en la oscuridad.
Un viaje al Gales de Dylan Thomas

Primera edición en
LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:
noviembre de 2021

© de esta edición:
FESTINA LENTE EDICIONES, S. L. U., 2021
C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)
www.lalineadelhorizonte.com
info@lalineadelhorizonte.com

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro
Coordinación editorial: Miguel S. Salas
Corrección: Christian Cruz

© del texto: Juan Pablo Bertazza
© del diseño de cubierta:
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Depósito Legal: M-25003-2021
ISBN: 978-84-17594-67-1 | THEMA: WTL, DNBL, 1DDU-GB-W
Imprime: Estugraf | Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.



El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ecológica para contribuir a una gestión sostenible de los bosques y las reservas de agua.

**CUADERNOS
DE HORIZONTE**

SERIE
¿QUÉ HAGO
YO AQUÍ?

*Himnos al sol
en la oscuridad*

Un viaje al Gales de Dylan Thomas

JUAN PABLO BERTAZZA

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



DYLAN THOMAS

(1914 - 1953)



Himnos al sol en la oscuridad

- WHITE HORSE TAVERN.
HACIA EL COMIENZO ... 13
- LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE DYLAN ... 19
- UN ENCUENTRO INTRINCADO ... 22
- APERITIVO EN MALASAÑA ... 32
- LONDRES. LA BIBLIOTECA
EN MEDIO DE UNA TABERNA ... 38
- SWANSEA, OLOR A CERVEZA Y GAVIOTAS ... 46
- TRES HORAS EN LAUGHARNE ... 89
- GOWER, EL OTRO FIN DEL MUNDO ... 111
- AMAR LAS PALABRAS.
ENTREVISTA CON HANNAH ELLIS,
NIETA DE DYLAN THOMAS ... 119
- DYLAN THOMAS EN ESPAÑOL ... 123
- VIAJE DE REGRESO.
DYLAN THOMAS DAY ... 136
- UN PUENTE ENTRE GALES Y ARGENTINA.
ENTREVISTA CON EL REVERENDO
ISAÍAS E. GRANDIS ... 139
- BOHEMIO. EL VIAJE DE DYLAN THOMAS
A PRAGA ... 147

¿Es la oscuridad a lo que le tengo tanto miedo?
¿La cruda y sombría negrura del cielo sin luna o mi
propio cerebro latiendo como una bomba de tiempo
que se agita nerviosamente, listo para explotar?

ROBERTA D. CURLEY

WHITE HORSE TAVERN.
HACIA EL COMIENZO

En diciembre de 2017 viajé a Nueva York gracias a una oferta imposible de rechazar, aunque ni siquiera en letra chica avisaban que sería uno de los inviernos más fríos de los últimos años, con temperaturas de hasta quince grados bajo cero.

Casi al mismo tiempo en que empecé a alistar una valija liviana y una mochila, me acordé de Dylan Thomas, uno de esos autores que suelen gustar en la adolescencia y que se las arreglan para seguir impac-tando en la adultez. Aunque busqué por todos lados, no pude encontrar una monografía que escribí para una asignatura de la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires, y que trataba sobre las estrategias discursivas de sus cartas, siempre encaminadas a pedir dinero de las formas más originales o a agradecer la ayuda solo para, inmediatamente después, volver a pedir más.

Recordé los cuentos levemente melancólicos y llenos de ironía de *Retrato del artista cachorro*, en especial «Quién te gustaría que estuviera con nosotros», mi favorito; también recordé su notable transformación física y su mítica muerte con esa legendaria frase de los dieciocho vasos de *whisky*.

Tenía poco tiempo, pero el recuerdo fue cada vez más poderoso; así que releí algunos poemas, volví a ver la película *The edge of love* y conseguí un libro con título hollywoodense del que sabía de su existencia pero nunca me había decidido a leer, *Yo conocí a Dylan Thomas* de John Malcolm Brinnin, el osado poeta al que un mal día

se le ocurrió invitar al Rimbaud galés a una gira iniciática y, al mismo tiempo, final por la Gran Manzana.

El libro me pareció deslumbrante casi en su totalidad; lo leí en muy pocas horas y, de repente, el viaje que estaba por hacer, y en el que se suponía que vería la típica navidad de *Mi pobre angelito*, se empezó a convertir en una especie de peregrinación en busca del fantasma de Dylan Thomas.

Es cierto que la liquidez contemporánea no suele dejar tantas cosas en pie, y el héroe de Swansea no es el único afectado, pues durante las noches que pasé en el Café Wha?, en Greenwich Village, observé que solo algunas placas perdidas recordaban que ahí empezó Bob Dylan su camino a la trascendencia neoyorquina, y de hecho me pareció bastante raro que los *covers* de las bandas que desfilaban por su escenario fueran de Clapton, Radiohead, Creedence y Coldplay, pero nada de Dylan, como si hubiera una especie de prohibición implícita que nadie osaba trasgredir.

Cuando fui al Chelsea Hotel me encontré con que seguía cerrado luego de una extensa y sinuosa disputa judicial bajo la débil promesa de una apertura.

Aun así, había un sitio al que necesitaba ir para rastrear la estela legendaria del paso definitivo de Dylan Thomas por Nueva York, el lugar donde nació la leyenda, y que, más allá de cualquier exageración o adorno, se mantiene como una rígida y sólida estructura sobre la cual se crearon varios mitos y mentiras: el White Horse Tavern, emblemático *pub* que, con agujas etílicas, empezó a marcar las últimas horas de su existencia.

Como me pasaría después en Gales, cada vez que busco o estoy a punto de llegar a algún sitio vinculado

con Dylan Thomas sufro una especie de amnesia (por usar un eufemismo) que me hace enmudecer, perder un poco la noción del tiempo y, lo que es más grave, olvidar algunas pertenencias.

Con la única ayuda de ese gran usurpador tanto geográfico como histórico que es Google Maps empecé a rastrear la legendaria taberna, de la que solo sabía que no estaba demasiado lejos del Chelsea y de Greenwich Village. Llegué a la zona de Wall Street, donde está la emblemática escultura del toro de enormes testículos que desde diciembre de 1989, un año por demás movido, viene marcando la cancha con los miembros flexionados y la cabeza gacha.

Al ver el bar sentí una enorme alegría y, al mismo tiempo, una tremenda desilusión. Finalmente veía uno de los *haunts* por excelencia de Dylan Thomas, pero con tanta mala suerte que estaba cerrado. Poco después de la desolación empezó a crecer la sutil esperanza de que quizás ese no fuera el lugar, pues se veía demasiado pequeño en comparación con las fotos y, sobre todo, no parecía tener en ningún lado el célebre retrato mural que, a manera de puesta en abismo, muestra a Dylan Thomas apoyado en la barra de ese mismo bar con alguna bebida espirituosa, un cigarrillo y un ligero sobrepeso que parece sostener su propia inmortalidad.

Cuando finalmente ingreso al verdadero White Horse Tavern lo reconozco por las múltiples referencias a Dylan Thomas: fotografías, folletos de las múltiples representaciones de *Under Milk Wood*, fragmentos de frases y poemas que aparecen incluso en los baños y, por supuesto, ese mural que no me canso de mirar.

Entre las fotos enmarcadas con madera clara me llaman la atención aquellas que muestran los lugares más importantes de Dylan Thomas en Gales. Como en las imágenes que devolvían las primeras cámaras digitales, veo que tienen impreso el año en que fueron sacadas: 1999. Y van desde el refugio donde escribía cerca del Brown's Hotel hasta su minimalista tumba con una cruz blanca y su nombre escrito con letra gótica. Mientras veo esas fotos no puedo evitar sentir un estremecimiento.

En uno de los anuncios me entero de que es la segunda taberna más antigua de la ciudad de Nueva York. Abrió en 1880 como un bar para estibadores del río Hudson.

16 Pero por supuesto el White Horse Tavern se hizo popular entre los escritores y artistas recién en la década de los cincuenta, siendo el más famoso de ellos Dylan Thomas, a quien el sitio le recordaba a sus lugares favoritos en Gales.

Kerouac y los *beatniks*, junto con otros gigantes de la literatura, no tardaron en empezar a seguirlo, al igual que algunas de las personas más influyentes del *jazz* y de la escena de la música *folk* y *rock* que acababa de irrumpir.

La barra, sigo leyendo, conserva gran parte de su madera original al igual que el cielorraso de paneles metálicos. En el menú, que por supuesto me voy a llevar como *souvenir*, hay un poema de una tal Roberta D. Curley, que es el que utilizo como epígrafe de este libro.

Después de sacar una cantidad de fotos que comprometen la memoria de mi celular me siento en una de las pocas mesas libres y un hombre canoso me pregunta

de dónde soy. Le contesto diciendo para qué vine, señalando la foto. Él sonrío y me dice que también le gusta escribir, y a pesar de que la charla se pone interesante no logro que me cuente algo acerca de Thomas, ni siquiera si siente su influencia, si está también en ese lugar por él o, peor aún, si alguna vez lo leyó.

Trato de decidir qué tomar y veo que, además de todo lo que representa ese *pub*, también ofrece Pilsner Urquell, para mí la mejor cerveza del mundo. Mientras la bebo, más tibia que fría como indica el buen gusto, siento que estoy en el paraíso. Y, como cada vez que tengo esa sensación, solo pienso en prolongar la estadía. No encuentro mejor forma de hacerlo que tomando una decisión: si estoy en el sitio donde su vida empezó a terminar, el próximo paso era visitar el país donde todo había comenzado.

En ese mismo momento decido viajar a Gales en busca de las huellas de Dylan Thomas.

Termino la Pilsner Urquell y recuerdo que la primera vez que estuve en Praga, su atmósfera tan única, junto a la omnipresencia del castillo, me hizo pensar, en algún punto, que Kafka era un escritor mucho más realista de lo que siempre había creído. Y mientras saboreaba la idea, recuerdo haber pensado que solo hay algo más lindo que viajar: llegar por primera vez a un lugar que ya conocemos.

Lo que no recuerdo es si fue en ese momento en que también se me ocurrió la idea de escribir este libro o si surgió cuando volví a Buenos Aires. Aunque en realidad no fue precisamente una idea, sino más bien una aproximación: no sabía bien cómo, pero quería indagar en la vigencia de Dylan Thomas, un emblema que nació hace

más de cien años y que, sin embargo, parece totalmente alejado del bronce; un poeta de tintes románticos vinculado con la fuerza de la naturaleza y una infancia mítica que, no obstante, tiene un pie adentro de la más absoluta contemporaneidad, quizás debido a su prolífico trabajo en los medios, leyendo poemas para la radio y escribiendo guiones. Pienso que Dylan Thomas es un poeta alejado del bronce porque supo despeinarse al subir a esa montaña rusa que fue el siglo xx y que él experimentó a varios niveles: desde el hondo impacto que le produjo la guerra hasta la frivolidad que, en algún punto, mostró al conocer en persona a Chaplin, Marilyn Monroe y Stravinsky, con quien estuvo a punto de realizar un trabajo.

Dylan Thomas es una figura que aparece en la portada de *Sgt. Pepper's* de The Beatles y que bautizó a una banda emergente de Costa Rica cuyos integrantes en realidad no lo leyeron mucho, pero decidieron tomar su nombre acortando el título de un relato de Bukowski, de 1972, llamado «Esto es lo que mató a Dylan Thomas».

Dylan Thomas fue alguien capaz de influir poderosamente en la obra de un escritor joven como el dominicano Frank Báez y, al mismo tiempo, su frase de los *whiskies* bautizó a una importante revista argentina que, sin embargo, tenía poco y nada que ver con su poética. Por otro lado, su más célebre poema «Do Not Go Gentle Into That Good Night» («No entres dócil en esa buena noche») se lee a manera de clímax en la película *Interestelar* (2014) de Christopher Nolan.

Este libro trata de explorar, entonces, algunas de las razones por las que todos parecen tener algo que ver con el nombre del gran poeta galés.



LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE DYLAN

Parece una paradoja, pero no se puede pensar en la posteridad que alcanzó Dylan Thomas sin remontarse al elemento más originario por antonomasia: su nombre. Es fundamental seguir el complejo itinerario de ese nombre que, en realidad, son dos o incluso más.

El nombre *Dylan* lo eligió su padre del *Mabinogion*, ciclo medieval en prosa que ocupa un lugar privilegiado no solo en la literatura galesa, sino en la céltica en su conjunto. Este libro constituye, además, una de las pocas fuentes escritas que se han conservado de la civilización celta, a partir de una sociedad situada, en este caso, en el sur de Gales.

19

El libro está compuesto de once relatos independientes que los especialistas suelen dividir en tres grupos: uno tiene que ver con las cuatro ramas de una familia, el segundo agrupa cuatro relatos de tradición galesa y dos de materia artúrica, y el último grupo presenta historias muy similares a las de Chrétien de Troyes, por lo que algunos las consideran una mera traducción galesa.

Cada una de las historias del primer grupo se centra en un personaje que representa a una rama familiar: Pwyll, príncipe de Dyvet; Branwen, hija de Llyr; Mananwyddan, hijo de Llyr; y Math, hijo de Mathonwy. En esta última sección podemos leer lo siguiente:

—Y bien —dijo Math, hijo de Mathonwy, dirigiéndose al niño rubio—, te voy a hacer bautizar aquí y haré llamarte Dylan. Lo bautizaron. Apenas fue bautizado, se

dirigió al mar. En cuanto se metió recibió la naturaleza del mar y nadó tan bien como el más rápido de los peces. Por esa razón le llamaron Dylan (hijo de la ola). Jamás hubo ola que rompiera bajo él.

Lo que podría verse como una redundancia, en realidad, tiene que ver con el poder profético de la atribución de ese nombre, ya que no hay que entender el nombre *Dylan* (hijo de la ola o del agua) como consecuencia, sino como causa de su relación con el mar. Podría pensarse que ese mismo poder profético tuvo en Dylan Marlais Thomas su segundo nombre.

20 El nombre *Marlais*, que también le dieron sus padres, fue un homenaje a su tío abuelo William Thomas, un galés arquetípico, algo así como el orgullo de la familia: zapatero devenido predicador, fue maestro, gran defensor de la justicia social y también un poeta que firmaba sus obras con el nombre de *Marles*. La tradición de incorporar un nombre poético o seudónimo es frecuente en la cultura galesa, y el tío abuelo de Dylan Thomas lo sacó del río que atravesaba Brechfa, su pueblo natal.

Así como el niño rubio del *Mabinogion* adquiría su destreza marítima solo con la asignación de ese nombre, podría pensarse que Dylan Thomas se convirtió en poeta desde el momento en que su padre, que siempre había soñado con serlo, le dio ese nombre que, por supuesto, también tiene que ver con el agua. El propio Dylan parece repetir algo de ese gesto al asignarle a su hija Aeronwy un nombre que se relaciona con el río galés Aeron.

Dylan Thomas solía autoproclamarse como el Rimbaud de Cwmdonkin Drive, algo que, según explica

en su ensayo «Dylan, the durable» el Premio Nobel de Literatura Seamus Heaney, parece tener cierto fundamento, entre otras cosas, por «la combinación entre el estatus de *enfant terrible* y la opacidad de su escritura».

Pero volviendo a la idea de la corriente del agua, no hay que desestimar lo que ocurre con el nombre *Dylan* del otro lado de la orilla. Una de las conclusiones más importantes de las entrevistas que realicé para este libro es esa especie de constelación que —por y más allá del nombre— arman Dylan Thomas y Bob Dylan. Es cierto que la influencia del galés en el estadounidense no es tan fácil de advertir, aunque personalmente encuentro algunos indicios: desde su juventud, por ejemplo, en esa tan precoz nostalgia de la canción «Bob Dylan's Dream» o en el canto alucinado a la naturaleza de «When the Ship Comes in», pero también durante su madurez (especialmente en algunos temas de *Time Out of Mind* como «Not Dark Yet» o «Tryin' to Get to Heaven»).

Como sea, de lo que no debería quedar dudas a esta altura es de la procedencia de ese nombre que terminaría desplazando al de Robert Zimmerman. Mucho menos de la enorme vigencia que Bob Dylan, a su tortuosa manera, le terminó asegurando a Dylan Thomas.

Tal como confirman muchos de los testimonios de este libro, los dos parecen formar parte de un mismo universo, y uno parece complementar al otro en una dialéctica poderosa que parece arrojar como resultado un nombre único que gracias a ellos dos se transformaría, con el tiempo, en un nombre casi de moda.

Por último, pero no menos importante, no deja de ser llamativo el ridículo al que ellos mismos son

capaces de llevar el afán de las etiquetas: mientras la tradición galesa le dio a Dylan Thomas un gran sentido musical, quienes protestaron en octubre de 2016 contra la decisión de otorgarle a Bob Dylan el Premio Nobel de Literatura están, justamente, cada vez más hundidos.



UN ENCUENTRO INTRINCADO

22

Buscando libros en español sobre Dylan Thomas descubro que hay un ensayo argentino publicado en los años setenta bajo el título de *Dylan Thomas, esquema de una intrincada imagen*. El autor es un tal Aníbal César Goñi, nombre que nunca había escuchado. Consigo un ejemplar por Mercado Libre (creo que había solo uno disponible) y, a pesar de los prejuicios, me doy cuenta de que es un libro tan valioso como interesante. Lo que más me gusta es la naturalidad con que Goñi analiza la obra de Thomas, sin abusar de excesos biográficos y, al mismo tiempo, sin negarlos. Me gusta también cómo va estableciendo vínculos entre su poesía y el paisaje de Gales: «Tan identificada está su poesía y su prosa de descripción y remembranza con el paisaje galés, que conocer someramente los accidentes topográficos que lo constituyen y el espíritu de la gente que lo anima, significa ahondar en las raíces que alimentaron la obra de Dylan Thomas».

Había leído antes esa misma relación entre obra y contexto geográfico en el libro de Brinnin sobre la gira de Dylan Thomas en Estados Unidos, donde establecía una

relación entre un verso y las garzas que acababa de ver en Swansea, su ciudad natal. Goñi también se refiere a las contradicciones de los galeses, repasa someramente su mitología y algunas leyendas anglo-celtas, deteniéndose en la génesis de sus poemas, la relación con su padre, «un ser profundamente triste, de esquivia introversión y postura circunspecta», y hasta ofrece una jugosa anécdota que tiene como protagonista a Jorge Luis Borges, quien, al parecer, le contó a Goñi que había rechazado traducir *Under Milk Wood* porque «¿cómo puede eso traducirse al castellano?».

Mientras avanzo con la lectura me doy cuenta de que no me va a alcanzar con leer el libro: quiero saber más sobre ese autor totalmente desconocido para mí y, en lo posible, entrevistarlo. A través de Google me entero de que, en alguna feria del libro reciente, estuvo firmando ejemplares de un volumen que sacó la Editorial Dunken. Calculo que debe estar vivo. Después de mandar algunos correos que no obtienen respuesta, decido llamar a la editorial un miércoles al mediodía. Me atiende alguien con cierta gentileza, pero pocas ganas de hablar y me dice que no conoce a ningún autor llamado así, con ese nombre que por alguna razón me cuesta memorizar: Aníbal César Goñi.

Y como solo había dicho César Goñi incorporo también el *Aníbal*. Después de un breve silencio, la persona me dice que sí, ahora sí, como si cambiara tanto, como si *Aníbal* fuera la contraseña secreta para abrir todas las puertas. Solo tiene un teléfono fijo, ni correo electrónico ni celular. Acepto y llamo a ese número de ocho cifras con la desesperanza de acudir a un dispositivo tan desfasado del presente.

«¿César?», pregunto cuando escucho una voz y vuelvo a dudar del nombre, pero me confirman que sí, que es él. Lo saludo, le explico que leí su libro sobre Dylan Thomas («Ah, claro, claro que sí», me responde) y bastante entusiasmado le digo que tengo ganas de entrevistarle o de juntarme a charlar con él porque yo también estoy preparando un ensayo sobre el galés. Es muy amable y me dice que no habrá problema, que no puede en ese momento, pero que le diga cuándo y él se organiza. Le pregunto si le parece bien el sábado. Responde que sí y, de repente, se queda en silencio; aprovecho para pedirle su dirección, pero me dice que no puede dármela. Le digo que, si prefiere, nos podemos encontrar en un bar. Me indica que tiene que hablar con varias personas, a las cuales debe consultarles.

24

Enseguida me doy cuenta de que para alguien de su edad no debe ser seguro abrirle las puertas de su casa a un desconocido. Le propongo darle mi nombre para que pueda buscar tranquilo mis datos y verificar lo que le digo, y volver a llamar mañana para finalmente arreglar nuestro encuentro del sábado. Me dice que está perfecto, pero intuyo que no es un acuerdo del todo seguro. Le repito varias veces que lo voy a llamar al día siguiente a la misma hora. Acepta y cortamos.

Al otro día, casi a la hora indicada, lo llamo. No atiende nadie. Llamo más tarde y nada. Vuelvo a intentar el viernes al mediodía y esta vez sí lo encuentro. Le recuerdo mi intención de entrevistarle y me dice que sí, que estuvo hablando y mucha gente está de acuerdo con que yo vaya a verlo. Me pongo contento y le pido su dirección, dispuesto a recordarla de memoria

porque no tengo algo para anotar. En su silencio percibo duda. Me dice que tiene varias direcciones, que cuál es la que quiero yo. Algo impaciente, le digo que me indique la dirección donde va a estar el sábado para nuestra reunión.

Cambia de tema y me dice que abajo habrá gente y que el lugar es grande, muy grande, y está lleno de mujeres: algunas están solas y muchas de ellas protestan. Después el *ellas* se transforma en *ellos* y cada vez entiendo menos de quién está hablando. Se lo pregunto y me contesta con una serenidad exasperante. Le digo que no lo entiendo y le vuelvo a pedir, por favor, la dirección. Insisto tanto que menciona una calle y un número demasiado alto que no me parece que corresponda a esa calle. Pregunto si él va a estar ahí y me dice que no. Entonces, vuelvo a pedir la dirección del lugar donde va a estar el sábado. Después de cinco o seis intentos más me da una dirección en Almagro. Lo hace como si la estuviera leyendo, como si no la supiera de memoria, y enseguida me repite eso de que ellos a veces se quejan del ruido. Le pregunto quiénes son *ellos*, pero no obtengo respuesta. Por un segundo se me cruza la posibilidad de que Goñi esté internado en un geriátrico. Se lo pregunto. Se ríe y me dice que por momentos se parece, pero que no. Quedamos para el sábado a las cinco de la tarde, aunque en realidad siento que solo estoy quedando yo, no él.

Llega el sábado y cuando estoy por tocar el timbre me encuentro con un edificio de lo más normal. Mientras me hace pasar, el encargado de seguridad me pregunta a quién busco. Le digo que a César Goñi, o tal

vez dije Aníbal. Él sonrío y me pide que salga y le toque el timbre, que me está esperando.

Lo hago y después de varios segundos se escucha, en una versión algo más nítida pero a la vez metálica, la voz del teléfono. Me presento y Goñi me dice que sí, que ya baja. Después de aproximadamente diez minutos noto el movimiento del ascensor y veo salir de la puerta a un señor bastante mayor, terriblemente flaco y con anteojos grandes que me sonrío.

El ascensor es bastante chico y digo algunas frases que él no termina de contestar. Llegamos al departamento.

ENTREVISTA CON CÉSAR GOÑI

26 Me doy cuenta de que Goñi usa todo el tiempo el verbo *hacer*. Le funciona como un comodín para referirse a cualquier tipo de acción: escribir, leer, comer, tomar, dar, agradecer, recibir, decidir, insinuar. Siempre el verbo *hacer*. Es como si Goñi estuviera al borde de perder el habla, de quedar del otro lado de la comunicación, pero, al mismo tiempo, sus aparentes desvaríos siempre parecen tolerar una lectura alternativa que, increíblemente, se ajusta a lo que le pregunto. También pronuncia todo el tiempo la palabra *eso* o *esa* sin que quede claro el referente. Cada vez que le pido que me explique a qué se refiere, me dice algo que, aunque no responde en absoluto mi pregunta, demuestra su gran paciencia.

Cuando le hablo de Dylan Thomas se le iluminan los ojos y empieza a incorporar gestos: se lleva el dedo índice de la mano derecha sobre la sien en alusión a su inteligencia, y al mismo tiempo grafica con la mano

un vaso que lleva a su boca indicando que también era un borracho.

Luego de hacerle la primera pregunta, pongo en práctica el recurso periodístico del silencio para que el entrevistado se explaye: «Yo tengo 91 años y qué puedo decir a los demás, espero que se haga algo, pero todo lo que yo tenía adentro de la cabeza, todo esto es hecho por mí». Pregunto si todo eso es Dylan Thomas, se ríe con una conexión increíble y dice que hay un poco de todo, «¿qué más puedo hacer?».

Le digo que me llamó la atención eso que cuenta de Borges, que dijo que era imposible traducir *Under Milk Wood*.

—Borges hizo mucho, Borges hace todo lo que quiere y lo que puede —me responde.

Pienso en cómo hace alguien así para vivir solo. Porque da toda la impresión de que vive solo. Goñi es tan frágil como inquieto, y todo el tiempo se pone a buscar cosas: libros, revistas, diarios, adornos. Me pongo a pensar si esa búsqueda constante no es una especie de pista que él mismo ofrece para que pueda entenderlo y complementar la información con lo que no termina de decir.

Al no saber cómo continuar la entrevista, le cuento que voy a viajar a Gales.

—Te va a hacer bien eso, ¿eh?, vas a ver muchas cosas —me contesta.

Mientras le hablo de la idea del libro de Dylan Thomas, siento que, en realidad, me la cuento a mí mismo.

—¿Cuánto se conoce de Dylan Thomas en Argentina? —le pregunto como si intentara ahora así empezar con la entrevista.

—Acá nunca fue muy conocido; además, se caía muchas veces —hace señales con las manos— y también tomaba mucho, y después de eso se caía y, bueno, no se podía levantar desgraciadamente y de una de las caídas... sonó, no pudo, murió de todo lo que tomó al final. A mí me parecía fenomenal, algo que no había antes, un fenómeno; y duró poco y quedó la mujer. Tenía cabeza y sabía cómo decir las cosas, era un fenómeno, lo que pasa es que nadie lo entendía y él agarraba y decía «esto es así» y hacía las cosas y todavía no sé cuánto, hasta qué punto fue tenido como fenómeno del poema de allá; tenía una cabeza fenomenal. Le gustaba mucho la bebida que lo hacía sentir mejor, yo lo vi en Estados Unidos; no, en Estados Unidos no. Cada uno hacía lo suyo.

28

—¿Lo conociste en persona? —le pregunto sorprendido y ansioso y, cada vez que me doy cuenta de que no me responde, le vuelvo a hacer la pregunta.

—Sí, siempre estaba en un lugar. Yo lo miraba y lo oía, pero qué le voy a decir.

Me quedo mirándolo y hago fuerza por dentro para que él siga contándome eso, pero de repente cambia completamente de tema y me vuelve a hablar de mi viaje a Gales, «me parece muy bueno que te vayas a esa zona, vas a entender mucho, yo estuve allí; no en Estados Unidos, sino en todo lo que me acuerdo muy bien, lo que pasaba que era en otro país, arriba...».

—Pero ¿qué otro país era, Aníbal?

—Después se fue a Estados Unidos y de ahí no vino más. Hay algunas cosas de él, que dice al final, tiene unas cosas fantásticas. Quería todo, absolutamente, se caía de tanto beber, era así y se quedaba solo, y lo que pasó fue que no pudo subir más y se murió.

Siento que escucharlo es como ver en la oscuridad. De a pocos la vista se va acostumbrando. Al mismo tiempo trato de controlar mi ansiedad por saber acerca de si ese encuentro en persona con Dylan Thomas existió, pero le pregunto primero algo sobre él, si se siente bien, si está contento, algo así.

—Yo tengo 91, hago lo que puedo y lo que me gusta. Él influyó en mi obra, en mi manera de escribir. Yo he pasado muchas cosas para llegar a tener 91, saqué todo lo que pude antes y eso me hizo bien. A esta altura, con toda modestia, te digo que yo terminé todo lo que había que hacer y el último ya lo hice.

—¿El último libro? —pregunto.

—Sí, *Un siervo inútil*. Es el último que hice y se acabó, y listo.

Le comento que leí en internet que sacó otro libro antes, llamado *Concordario*, un interesante compendio de locuciones, refranes y modismos con traducción del español al inglés. Él asiente y me explica que se lo llevaron a Estados Unidos unos chicos que querían trabajar con eso y no volvieron.

En lugar de seguir explicando lo que acaba de decir, me acerca un archivador lleno de recortes de periódicos que incluyen reseñas sobre sus libros, distintos artículos que escribió sobre literatura y algunas entrevistas que dio. Empiezo a leer una nota sobre la tradición literaria de Gales y, sin que le pregunte nada, dice tal vez la frase más completa de nuestro encuentro. Y la dice de manera perfecta, casi sin titubear: «Cuando se murió mi esposa, por dos años no hice nada porque era la mujer de mis sueños. He perdido mucho, lamentablemente. Mi señora juntaba todo lo que salía en los diarios sobre mí».

Después me hace una pregunta que no alcanzo a entender bien, «¿a vos te dio porque sí? Porque es raro». Como no agrega nada más interpreto que me habla, otra vez, de Dylan Thomas. Le digo que es uno de los escritores que me encantan desde que era chico y que me sigue gustando hoy, lo cual me parece muy valioso.

—Él parecía que era un tipo que se reía de todo, pero la cabeza era fenomenal, y yo creo que no se hizo sentir como una persona que se pone por encima de los otros; él habla de sí mismo y de todo lo que le pasó y es fenomenal realmente. Y después se pone afuera, realmente es un individuo que tiene cosas muy importantes en la cabeza y en el corazón y hay que ver lo que era, ¿no? Pero todavía está ahí, nada más, está ahí.

30 Me entusiasmo y le hablo de mis poemas y cuentos favoritos de Dylan Thomas, pero también de los libros que para mí tienen un gran valor, como *Retrato del artista cachorro*, que leí en una edición de Mondadori, y los *Poemas completos* de Corregidor. De repente, se me ocurre preguntarle qué opina sobre la traductora de ese libro, Elizabeth Azcona Cranwell y me responde con absoluta claridad: «Era buena, pero a veces exageraba un poquito, según mi opinión, algo que le gustaba a ella y no al poeta. Lo que ella también decía lo ponía».

Mientras lo escucho con atención, observo que tiene una gran colección de cedés y le pregunto si le gusta mucho la música.

—No escucho música todo el tiempo porque si lo pongo fuerte, la gente viene a protestar y me pide que baje un poco.

—Como si fueras un adolescente —le digo riéndome.

—Eso —afirma Goñi también entre risas y, sin dejar de sonreír, me hace una propuesta—. Tendrías que conocer a una mujer con la que hablé el otro día, tiene 75 años y ahora está por sacar un hijo.

—¿Un libro? —le pregunto y, en lugar de contestar, Goñi vuelve a celebrar mi viaje a Gales. Aprovecho la oportunidad para volver a preguntarle de ese encuentro que tuvo con Dylan Thomas.

—Yo lo conocí, pero no le hablé; y una vez que tomó dos, después de los alcoholes le salía todo... esto fue bastante tiempo atrás porque se murió joven. Claro que me quedaron ganas de hablarle; él se hacía el canchero, entraba en un lugar, la gente se ponía alrededor y él decía «bueno, vamos a beber un poco» y tomaba demasiado. A mí no me gusta nada de eso, yo no tomo nada.

Le pregunto si le sacó alguna foto.

—Tampoco hay foto; en uno de los registros, él está recitando poemas y hay que ver cómo los dice, los dice muy bien.

—Pero ¿dónde lo viste? —le vuelvo a preguntar.

—En el país de él lo vi, en el norte. Me mandaron del colegio donde trabajaba y estuve bastante tiempo. Cuando tomaba decía cualquier cosa, era muy divertido y generaba muchas carcajadas. Decía muchas cosas y había que decirle «bueno, bueno, un momento, no tanto, ¿eh?». El tipo hacía lo que se le ocurriera, la cara estaba llena de gestos, hacía caras, hacía de todo, tomaba y se caía. Era muy bueno para decir las cosas, estaba muy cansado de todo lo que tomaba.

Noto que Goñi ya está un poco cansado y, entonces, decido hacerle la última pregunta: ¿cómo resumirías en pocas palabras la obra de Dylan Thomas?

—Bueno, tiene una cosa acá en el cerebro y acá también —dice y se toca el corazón—. Pero cuando saca lo que tiene es algo fenomenal y dice cosas que vos pensás qué bárbaro lo que dice este tipo, hay que ver, es así.

Luego de tomarme algunas selfis con él y de despedirlo con un abrazo, bajo contento por las escaleras. Antes de salir del edificio le pregunto al de seguridad cómo está Goñi, aunque la pregunta, en realidad, es qué le pasa o qué le pasó. Me responde que está más o menos, que por momentos no se le entiende nada, pero a veces conecta. Y que en ocasiones hace cosas absurdas como la de hoy.

32

—¿Qué hizo?

—Bajó a las diez de la mañana para sentarse en la vereda del edificio. Cuando le pregunté qué hacía, me respondió que estaba esperando a su amigo. «Pero a qué hora le dijo que venía». «A las cinco», me contestó. «Pero, Aníbal, faltan siete horas». «No hay problema, quiero esperarlo acá», me dijo y se quedó sentado un buen rato hasta que finalmente se cansó.



APERITIVO EN MALASAÑA

Me gusta la idea de aprovechar las escalas de los viajes. Mucho más si se trata de una ciudad tan hermosa como la capital española, donde concerté un encuentro con Niall Binns, profesor, traductor y teórico

inglés que vive en Madrid y se especializa en literatura latinoamericana.

Lo que me llevó a convocarlo es algo bastante extraño que le sucedió junto a Vanesa Pérez-Sauquillo, con quien trabajó durante el inicio de los años 2000 en la traducción de una antología poética de Dylan Thomas que llevó como título el nombre de uno de sus libros de poemas más importantes: *Muertes y entradas*.

A pesar de que los traductores habían revisado minuciosamente cada palabra del libro, cuando se encontraron con el ejemplar impreso descubrieron una enorme cantidad de erratas que tuvieron que aclarar en una extensa hoja que añadieron en cada libro. Niall Binns no encuentra demasiadas explicaciones que puedan resolver el enigma, más allá de alguna especulación a la que ni siquiera él mismo parece darle demasiada importancia. Pero, como si ese misterio (y la enorme lista de errores) fuera poco, a las pocas semanas el libro tuvo que salir de circulación por un problema con los derechos de autor.

El encuentro con Binns, en el café Pepe Botella del hermoso barrio de Malasaña, me resultó muy interesante también por otros temas vinculados al poeta galés que fueron surgiendo durante la charla.

ENTREVISTA CON NIALL BINNS

Yo nací en Londres y pasé dos largas etapas en Buenos Aires, estuve en Córdoba, Mendoza y Rosario. Ahora vivo en Madrid y doy clases en la Universidad Complutense. Llevo diez años trabajando en un proyecto sobre el impacto de la guerra civil española en intelectuales latinoamericanos como Borges, esos libros

que leen veinte personas. Casi todos los otoños viajo a Chile, tengo muchos vínculos ahí.

Influencia de Dylan Thomas en la poesía latinoamericana

He vivido en Chile y en España, y siempre me ha llamado la atención el impacto decisivo que tuvo Thomas en ambas tradiciones poéticas, sobre todo a través del chileno Jorge Teillier y el español Claudio Rodríguez. Creo que la poesía lírica de Teillier, que me parece un poeta notabilísimo, se arraiga parcialmente en el Thomas de «Fern Hill», «Poem in October» y los cuentos. Yo trabajé mucho con Teillier, a quien conocí muy al final de su vida. Estaba tan vinculado con Dylan Thomas que, de hecho, murió alcoholizado.

La obra de Rodríguez, también de índole lírica, recrea la sonoridad himnica y la solemnidad de Thomas.

34 A veces los poetas malditos o de vida trágica se convierten en poetas de culto, y ese culto está sujeto a las modas, y cuando pasan las modas a veces se ve que no eran para tanto. Pero hay poetas de culto —pienso no solo en Thomas, sino también en Alejandra Pizarnik y Sylvia Plath— que son grandes de verdad y a los grandes siempre se los leerá. Un autor actual que ha dialogado intensamente con Dylan Thomas es el dominicano Frank Báez.

Nicanor Parra, lector de Dylan Thomas

Yo trabajé con Nicanor Parra, que murió en enero del 2018 a los 103 años y era muy amigo de Ginsberg y Ferlinghetti. Preparé sus obras completas y siempre que iba a Chile me alojaba en su casa, fue un tiempo maravilloso.

A Nicanor se lo está leyendo mucho en Estados Unidos a partir del efecto Bolaño. Patti Smith vino a la ceremonia de entrega del Premio Cervantes a Nicanor por Bolaño. Una vez le pregunté a Nicanor por Dylan Thomas. Él dio una entrevista en los años sesenta donde dice que no, que Dylan Thomas no, tal vez por ser demasiado romántico. Él decía que durante medio siglo la poesía fue el paraíso del tonto solemne hasta que llegó él con sus antipoemas. Es cierto que hay cierta solemnidad en Dylan Thomas, pero por otro lado yo encuentro algo en sus cuentos que tal vez los acerca. Sin embargo, su poesía es bastante solemne. De todas formas, una vez le llevé un libro de Dylan Thomas y Nicanor me recitó de memoria, de comienzo a fin, «Poem in October». Tenía una memoria asombrosa. Después no me dijo nada, pero estaba claro su mensaje, algo así como «puede que no sea de lo mío, pero es un maestro».

35

Cómo descubrí a Dylan Thomas

En mi familia nadie leía, pero mi abuela tenía un viejo LP con una grabación de la obra de radioteatro *Under Milk Wood*, que escuché en numerosas ocasiones durante mi infancia. No recuerdo si el narrador era el mismo Dylan Thomas; creo que no, que debe de haber sido el también galés Richard Burton. Los galeses tienen fama de ser grandes cantantes, el himno galés cantado es maravilloso; es decir, hay un vínculo entre la voz y el paladeo de la palabra, hay toda una tradición de canciones himnicas de gran solemnidad que llega incluso hasta el actor Richard Burton, que recitaba tan bien como el propio Dylan Thomas.

Pero más allá de ese primer descubrimiento poético musical no creo que haya leído su poesía hasta llegar a la universidad. Recuerdo la conmoción que me provocó, desde la primera lectura, el poema «Fern Hill» y todos esos poemas más cercanos tal vez a los cuentos, con esa carga de nostalgia e imágenes deslumbrantes.

Thomas es un bicho raro en el contexto de la poesía de los años treinta. Los poetas universitarios liderados por W. H. Auden eran extremadamente cultos, inteligentes, fríos y analíticos. Buenos herederos, en ese sentido, de Eliot. Estaban también muy politizados en ese entonces. Dylan Thomas no era nada de eso. Era un galés que no fue a la universidad, y todo lo que encarnaba como poeta parecía oponerse al academicismo de sus contemporáneos. Debe de ser lo más cercano que hay a un gran poeta surrealista en las islas británicas. ¿Sus principales virtudes? El manejo deslumbrante del verbo, la sonoridad de su poesía y la carga emocional con la que recupera en su obra los espacios y las libertades de la infancia.

Una traducción complicada

Muertes y entradas, la antología de Dylan Thomas que la poeta Vanesa Pérez-Sauquillo y yo tradujimos, iba a formar parte de la magnífica colección Signos, que coordinaba el poeta Ángel Luis Vigaray en la editorial Huerga & Fierro.

Por supuesto que no era algo sencillo porque para traducir a Thomas hay que saber lidiar con los constantes juegos léxicos y la condensación semántica. Por otro lado, teníamos el problema de siempre con el inglés:

a veces es muy difícil buscar reemplazo para las palabras monosílabas.

Además, tuvimos algunas diferencias de opinión con Vanesa. Ella quería convertir todo en heptasílabos y endecasílabos, y yo buscaba otra cosa.

El tema fue que, al anunciarse la presentación de la antología en el Círculo de Bellas Artes en Madrid, me llamó Chus Visor preguntándome cómo podía ser posible esa publicación si él estaba a punto de publicar la poesía reunida de Thomas y tenía los derechos para toda la lengua. El libro se editó, se presentó y teóricamente fue retirado de las librerías en los días siguientes. Tuvo, eso sí, un par de bellas reseñas, de Luis Antonio de Villena y de Jaime Siles.

Pero pasó otra cosa espeluznante con ese libro. Tanto Ángel Luis y la poeta Vanesa Pérez-Sauquillo (mi cotraductora) como yo ya habíamos leído y releído múltiples pruebas. Entregamos una última versión limpiísima. Sucedió entonces algo muy raro. No sé cómo, es algo que resultó incomprendible para mí entonces y sigue siéndolo hoy, pero alguien en la editorial decidió escanear las pruebas definitivas, y el inglés de Thomas, en cursiva, se llenó de 33 erratas típicas del escaneo: *und* en vez de *and*, y un largo y muy doloroso etcétera.

Yo había corregido el texto y estaba perfecto. Bueno, solo tenía las deficiencias de la traducción. Luego me comentaron que al que preparaba los libros estaban a punto de echarlo, así que no sé si eso tuvo algo que ver. Era una muy buena colección de poesía, pero el libro básicamente se retiró de la venta y tampoco me importó tanto por la cantidad de erratas y problemas de traducción que tenía.

EN ESTADOS UNIDOS, DYLAN THOMAS PROBABLE-
MENTE SINTIÓ POR PRIMERA VEZ EN SU VIDA LA
SENSACIÓN DE TOCAR EL CIELO CON LAS MANOS Y
DE PODER CONSEGUIR CUALQUIER COSA QUE SE PRO-
PUSIERA: DESDE CONOCER Y CONVERSAR CON LAS
GRANDES ESTRELLAS DEL ESPECTÁCULO MUNDIAL,
COMO CHAPLIN Y MARILYN MONROE, HASTA CAUSAR,
EN UNA ENORME AUDIENCIA, EFECTOS EN ESCALA
SIMILARES A LOS QUE, APENAS UNA DÉCADA DES-
PUÉS, GENERARÍA UNA BANDA COMO THE BEATLES.

JUAN PABLO BERTAZZA



Boathouse de Dylan Thomas en Laugharne

CUADERNOS DE HORIZONTE

Una ventana a la que asoman ideas y también miradas con las que reconsiderar los lugares que transitamos. Textos breves para pensar el viaje a través de la sociología y el pensamiento, la crónica o el relato breve, sin que falte una reflexión sobre la naturaleza y el paisaje.

CU#17 *La ascensión al Mont Ventoux*
FRANCESCO PETRARCA

CU#18 *El espíritu de Roma*
VERNON LEE

CU#19 *Diario austral*
ANTONIO RIVERO TARAVILLO

CU#20 *No le hagas preguntas a la tristeza.*
Antología de poemas de tribus de la India
JESÚS AGUADO

CU#21 *Contra Florencia*
MARIO COLLEONI

CU#22 *Al pie de la Torre Eiffel*
EMILIA PARDO BAZÁN

CU#23 *Lima, la sin lágrimas*
CÉSAR ANTONIO MOLINA

CU#24 *Lorenz Saladin*
ANNEMARIE SCHWARZENBACH

CU#25 *Viaje a Jerusalén*
PIERRE LOTI

CU#26 *Himnos al sol en la oscuridad*
JUAN PABLO BERTAZZA

El mito de escritor maldito que circunda a Dylan Thomas no ha dejado de crecer desde su muerte en 1953. El autoproclamado Rimbaud de Cwmdonkin Drive, aseveración reafirmada por el Premio Nobel de Literatura Seamus Heaney debido a su condición de *enfant terrible* y a la opacidad de su escritura, nos legó obras trascendentales que ocupan un lugar privilegiado en el canon occidental.

Juan Pablo Bertazza sigue el rastro de Dylan Thomas y nos muestra aspectos fundamentales, como el origen de su nombre y los primeros estímulos que lo motivaron a escribir, sin olvidar las polémicas circunstancias de su muerte en Nueva York y el impacto que esta tuvo en su Swansea natal. El autor no se centra solamente en el mito, ya que, desde una perspectiva cercana y personal, recorre los espacios vitales que alimentaron el trabajo creativo del escritor galés.

Es sabido que Dylan Thomas prefería escribir bajo el cielo gris inglés, como se lo hizo saber a Lawrence Durrell, asegurándole que «los más altos himnos al sol se escriben en la oscuridad». Sin embargo, en este libro, Bertazza realiza un ejercicio de iluminación, y aporta claridad sobre aspectos oscuros de la vida del poeta.

La habitación del culpable de que Swansea se conozca a nivel mundial es, irónicamente, la más pequeña de la casa: una piecita oscura, llena de libros, papeles y cigarrillos. Tan chica que, como decía Dylan Thomas, «había que salir para darse vuelta».

JUAN PABLO BERTAZZA

THEMA: WTL,
DNBL, 1DDU-GB-W

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

WWW.LALINEADELHORIZONTE.COM

